



LOS RESTOS*

PREVISTO?... un buen día, gran recepción en la casona —¡aquéllas mansardas que como un escudo hablaban a todos de rango, de gusto, de propiedad!— de las calles de Hamburgo, en honor de! Marqués de Polavieja (los largos años de dulzura se agolpaban y ceñían, en los sentimientos implícitos de doña Lorenza, a ese minuto exacto); al siguiente, el exilio impuesto por la fidelidad. A doña Lorenza le había parecido una muestra de falta de altivez no acompañar a Don Porfirio hasta París y vivir ahí, Joaquinito opinaba que toda esta lealtad era excesiva, y don Francisco citó algo sobre la virtud mediana optando por establecer a la familia en Nueva York: quedarían así satisfechos el deber y la prudencia. De las haciendas nadie se preocupó; *el destierro, digámoslo en voz baja, es más bien la regla que la excepción, y sólo el*

deber de encontrarse presente en las fiestas del Centenario pudo privarme de las ceremonias de coronación de Jorge V e interrumpir mi delicioso séjour en Inglaterra. En Nueva York, ya tengo visto ese agradable piso situado en Park Avenue. Lorenza sabrá hacerse de amistades. Joaquinito —muchacho excéntrico— disfrutará los banquetes a caballo de los Vanderbilt y los veranos

Por Carlos FUENTES

Ilustración de Vicente ROJO

en Newport. Reflexionemos serenamente: de cualquier manera, la tormenta no tardará en amainar. Si Madero quiere permanecer en el poder, necesita proseguir la obra de paz, consolidación y decencia del General Díaz; y si no lo logra, el regreso de Don Porfirio parece inevitable. ¿No lo dicen sus mismos enemigos? "Su vida privada es intachable. Como padre de familia, ha sabido dirigir con acierto la educación de sus hijos, como lo demuestran las grandes virtudes de sus hijas y la corrección, modestia y actividad de su hijo; como esposo, es un modelo, pues a su distinguida compañera la trata con todas las consideraciones y cariño que se merece". ¿No es ésta la tónica del México moderno? ¿Puede esta ejemplaridad sustituirse de la noche a la mañana? De cualquier manera, el país no podrá prosperar sin su élite directiva. Esté quien esté a la cabeza del gobierno, poco a poco irán regresando los elementos que no en balde han sabido conducir a la Nación por las sendas del progreso material y la seriedad administrativa. Don Francisco formulaba listas en su cabeza, y se percataba con satisfacción de que no había en México más hombres que ellos. Y detrás de los hombres, los nombres, las firmas que atestiguan el nivel de la nación; don Francisco los saboreaba, eran como una manifestación tangible de una igualdad, del primer tuteo mexicano con el mundo:

Doheny, Pearson, C. P. Huntington,

Moctezuma Copper Co.,

Palmer-Sullivan, Batopilas, Nelson and Weller,

Creston-Colorado Gold-Mining...

Sólo pudieron llevarse los recuerdos más significativos, los que lucían en las vitrinas de la casa de Hamburgo, los cuadros de Félix Parra y Alberto Feuster. Dejaban la ciudad color de rosa, lenta, con sabor de polvo y lluvia vespertina.

Cuando llegó a Park Avenue la noticia de la Decena Trágica, don Francisco ordenó a la familia empaquetar. Cuando se consolidó Huerta, volvió, ahora con cierta reticencia, a ordenarlo. Pero Joaquinito siempre estaba en alguna casa de campo, o don Francisco era citado con urgencia a una junta de la Sonora Land and Cattle en Chicago, y cuando regresaban a Nueva York era demasiado tarde y don Francisco conocía ya otras noticias: que en Morelos habían incendiado un inge-

* Fragmento de la novela en preparación "La región más transparente del aire".

nio, que en Zacatecas habían volado un tren. Y luego, don Francisco murió de pulmonía, y ni doña Lorenza ni Joaquinito entendían bien cómo manejar estos títulos y acciones que sólo tenía apuntados en la memoria el viejo, y menos cómo arreglárselas para pagar la renta en un inglés que no era el aprendido por Joaquinito en Inglaterra. Cerca de París, poseían casa, en Neuilly, y a ella se trasladaron en el otoño de 1915 doña Lorenza y su hijo.

¡Qué delicia hablar francés! suspiró doña Lorenza, y, en efecto, al año quedó desterrado el castellano de la finca de Neuilly. Aquí sí era posible, comentaba doña Lorenza mientras daba órdenes a sus mozos, recibir, ofrecer té, volver a ser gentes decentes. *Aquí sí se da su lugar a las cosas. ¡Nueva York! ¡Sufragistas y protestantes! ¡Y presidentes que cazan tigres! Hay algo que se llama cachet, no me cansaré de repetirlo a mi hijo, algo que se llama cachet, y que pocas personas saben distinguir y apreciar. Los Estados Unidos... toujours quantité, jamais qualité. Nuestra patria espiritual está aquí, en Europa. No me cansaré de repetirlo.*

Neuilly se convirtió en lugar de cita para los mexicanos que, huyendo del caos, mantenían la dignidad nacional demostrando a sus amistades europeas que sí sabían distinguir las edades de un Pomméry. *Claro, Francia está en guerra, ¡pero cómo se conoce la diferencia entre una guerra de gentes finas y otra de huarachudos despeinados!* En uno de los tés de su madre, conoció Joaquinito a una muchacha mexicana que no hablaba español. Esto decidió a doña Lorenza para fraguar el matrimonio, y al poco tiempo la boda tuvo lugar en la iglesia de St. Roche. ¡Volvían los viejos tiempos! ¡Cuántas caras conocidas! Al leer y releer sus listas de invitados, doña Lorenza sentía un goce muy particular frente a cada apellido que aquí, en el amargo destierro, continuaba demostrando la validez de los principios y categorías permanentes. A veces, pensaba que en realidad nunca había salido de la Colonia Juárez: México estaba donde estuvieran ellos.

Fernanda, la mujer de Joaquín, era una muchacha rígida, severa, pálida, educada por las monjas en Suiza, y pronto se cansó del parloteo incesante de doña Lorenza y de la nostalgia de sus frecuentes huéspedes. “Je ne peux pas supporter tes mexicains folkloriques et leur

pitoyable sens d'épave”, le decía con los dientes apretados a su marido. En 1924, nació Benjamín, y desde la primera semana la abuela lo llevó a dormir a su alcoba, entre los retratos de familia. “Está bien que aprenda francés, pero también que no olvide lo que es ser un Ortiz de Ovando. Tu padre, Joaquín, habría opinado algo inteligente, como que no puede tolerarse más que bandidos sombrerudos hagan pedazos a México —toma, mira esta carta de tu tío: ahora resulta que las tierras nunca fueron nuestras—, o que estos señores Carranza y Obregón no son gente decente, pero lo cierto es que pronto nos llamarán, en cuanto se cansen de todo esto, a todos, y hay que estar preparados para volver a ocupar nuestro sitio”. En el parque de Neuilly, jugaba Benjamín, y a los dos años fué encargado a una institutriz belga; pero todas las noches, doña Lorenza lo llevaba a su cuarto, le mostraba las fotos, le hablaba del encomendero de la Nueva Galicia, *mira, querido, este cuadro es de don Alvaro, que fué capitán general del Corregimiento. Arraigó en Nueva España hacia 1620. Y tu bisabuelo, prefecto del Emperador. Esta es la foto de la casa de Hamburgo: aquí creció tu padre. Mira, tu tío cuando fué enviado a la jura de Alfonso XIII. Y ésta, ¿te gusta? Es la “Pro Ecclesia Pontifice”, nos la entregó Su Santidad...*, de las haciendas, de las otras familias de gente bien con las cuales algún día habría de tratar. Benjamín creció con un aro, sin otros amigos, y cuando se disfrazó con pechera y espadín y exclamó: “Aux aztéques, aux aztéques!”, doña Lorenza no cupo en sí de orgullo y satisfacción.

Iba a cumplir cinco años el niño, cuando su madre murió, y Joaquinito regresó a la casa de Neuilly. Con bienaventurada sincronización, murió también el apoderado de la familia, y Joaquinito se instaló en la biblioteca a dirigir el patrimonio Ortiz de Ovando. Con asombro descubrió que éste, lejos de disminuir, había sido incrementado por el viejo abogado Lesselles, y Joaquín, viudo, cuarentón, y en un París de poetas avanguardistas, predisposición y cortesanas que, si bien no lucían tan espléndidas como en 1915, sí eran más distraídas y menos gravosas, decidió que había llegado el momento de invertir en formas novedosas el cuantioso haber, ¡bendito Lesselles, benditos don Francisco, y haciendas, y acciones! Dos días duró la afición administrativa

de Joaquinito, y pronto fué famoso el millonario sudamericano de sombrero gris capaz de arrendar “Le Sphynx” por una noche y recitar a Víctor Hugo con acento épatant.

Nació el año 1935 cuando la familia tuvo que vender la casa de Neuilly y embarcarse a México. Durante unas semanas, Montparnasse lloró la ausencia de Joaquinito, quien pronto —y ya sin interrupciones— no supo de otro placer que el del muelle sofá en la casa de Hamburgo.

¡La casa de Hamburgo! La noche que volvió a penetrar en ella, doña Lorenza se sentó en la escalera a llorar. La saludó el mismo espejo, de marco dorado, frente al que, ¡hace tanto!, se había despedido, arreglado el velo, esbozado una sonrisa de dulce resignación: ahora, algo irreal brillaba en el vidrio, o en su boca, algo en lo que doña Lorenza no quería pensar, que se había estampado en toda su figura: una certidumbre de alivio definitivo, de alivio sin puertas a la vida, definitivo como un recuerdo recobrado que ya no permite el intento de buscarlo, y en la búsqueda, creer que se sigue existiendo. La mirada fija en sus manos, doña Lorenza decidió olvidar. Olvidar que había recordado. Seguir siendo una gran dama.

“¿Has visto, Joaquín? Ayer busqué la casa de Genoveva: ahora es pastelería, las caballerizas están en ruínas; y la de Rodolfo es un centro social español. Dicen que hay puros masones en el gobierno. Y eso no es todo: no dan religión en las escuelas, no hay dinero para los recibos, todos nuestros amigos son contadores públicos y comerciantes, agentes viajeros y oficinistas de cuarta, y al que bien le va, profesor de historia”. En casa tras casa, quedaban como espectros los espacios teñidos de pared donde antes colgaban los cuadros seculares, hoy en manos de algún anticuario; telas corrientes de florecillas tejidas cubrían las sedas raídas de los muebles, linoleo en vez de tapetes. Y nadie los tomaba en cuenta, *Francisco habría dicho, ¿cómo es posible llegar a decisiones graves sin consultar a la legítima clase dirigente? y ¿cómo, que las hijas de mi hermana tengan una tienda de blusas y se pasen el día detrás de un mostrador?, ¿cómo que la nieta de un Ministro de Estado anuncie en su ventana, “se tejen sweaters”? Esto no le sucederá a Benjamín. A él, yo lo voy a mantener erguido, consciente de su clase y su deber;*

con él, con el apellido Ortiz de Ovando, volveremos todos al pedestal que nos corresponde. Y Joaquinito yo no tengo la culpa de la débacle; bastante los jorobé con que se salieran del campo y compraran bienes raíces, como los primos, que allí están bien hinchados. En fin, creo que es preferible pasarme el día en el sofá bebiendo cognac, a andar como mis compañeros de escuela británica, vendiendo corbatas, con horarios de esclavo y un jefe de piso, gachupín.

Muchos, entre los viejos amigos, seguían en Europa. Otros, los que aún tenían dinero, empezaban a regresar a México y a traicionar —doña Lorenza gemía— a su clase: a asociarse con los bandidos, a jugar bridge con las esposas de los políticos, y a cerrar las puertas a los empobrecidos. ¡Hasta hubo quien emparentara con un comecuras! Y la casa de Hamburgo se fué fraccionando: primero, el jardín, para que construyeran unos libaneses sus apartamientos; luego la caballeriza, para unos abarrotos; por último, la fachada de la casa, los salones, la planta baja, para una tienda de modas. Cuatro piezas, es todo lo que les quedaba. Una recámara transformada en sala, el cuarto de Joaquinito, la pieza donde dormían ella y Benjamín —¡dieciocho años!— y la cocina, y la dieta diaria de arroz y albóndigas. Doña Lorenza no quiso desprenderse de los muebles; amontonados en las recámaras, junto con las macetas y las mecedoras de mimbre, el olor guardado en los armarios de nogal, los pequeños cortesanos en porcelana con sus pelucas blancas, los camafeos y las cajas de música, las escenas pastoriles, la compresión tullida de su grandeza. Ya el sol no les llegaba. Y en las noches, el parpadeo verde del anuncio de cerveza en la azotea alquilada. Debían entrar en silencio y rapidez por la casa de modas, por el salón glorioso donde se agasajó a Polavieja, hoy invadido por los huéspedes sordos, por los manequíes. Pero en la recámara persistía el viejo mundo. Allí todo se conservaba, el pasado, y el futuro. ¡Y Benjamín! Dócil, y tan respetuoso, con su encantador acento francés. Sí, va a ser un gran señor. No habrá podido, de acuerdo con la tradición, estudiar en Europa. Pero tampoco tendrá que ir a rozarse con los pelados de la Universidad, como sus primos, que preferían ser arquitectos a Ovandos.

Durante las largas horas de suspensión, doña Lorenza, erguida, nariz aguileña y chal de seda, el pelo cuidadosamente compuesto, amarillento, medias opacas, botines de lazo, rememoraba con Benjamín los saraos de la primera década del siglo, con él revivía los nombres de las propiedades en el Bajío, en Sonora, en Morelos, los títulos de España que bajo este mismo techo habían recibido hospitalidad, las visitas a Chapultepec, cuando doña Carmelita. ¡Dócil, respetuoso Benjamín, con su encantador acento francés! Con la boca siempre entreabierta, los ojos dormidos, su barba mal afeitada de pelos largos y lacios, su andar jorobado y una permanente comezón en la nuca. Benjamín, sin mujeres, paralizado en una vitrina. Benjamín, el último camafeo. Cuando la abuela lo dejaba solo, leía en voz alta la sección de avisos en el periódico, y agitaba los brazos cuando veía un nombre en francés. Luego se sentaba en el suelo a jugar al águila o sol; dos águilas, perdía, y entonces quedaba prohibido comer postre.

Cuando cumplió veinticuatro años Benjamín, las primas De Ovando (también, pensaba con tristeza la abuela, empeñadas al capricho de los nuevos ricos y a las orgías de una banda de aventureros que a sí misma se intitulaba, sin el menor pudor, “internacionales”) fueron a cenar. Primero cuchichearon con doña Lorenza, y una vez sentados a la mesa, Pimpinela habló con la ceja arqueada:

—¿Qué han pensado hacer con Benjamín, tía? Porque han estado viviendo de los restos de su fortuna durante los últimos trece años, no crean que van a durar hasta la muerte del muchacho.

—¿Y qué propones, hija? ¿Que Benjamín salga de este hogar para vender calcetines, o qué? Benjamín es un muchacho ejemplar, casi pudiéramos decir el último que ha sido criado como caballero, y que algún día...

—Con mucha suerte, venderá calcetines. Claro, él no tiene preparación alguna, y hay que ver... pero si fuera posible encarrilarlo en la banca.

—¡En la banca! ¡Mi querida Pimpinela! Francisco siempre decía: “Procura que los banqueros te sirvan, hazlos depender de tí; el grado inmediato, la otra alternativa, es ser sus esclavos”. ¡Habrás vis-

to! Y eso era antes, cuando los directores de los bancos eran gente conocida y venían a almorzar con Francisco. ¡Pero hoy! Si creo que todos han sido revolucionarios y comunistas antes. Ah, no. Benjamín nació para utilizar a los banqueros.

—Oh, tía, perdóname. Pero mira cómo le escurre la sopa por los labios. Perdón, perdón. Vas a invitar a cenar a Norma Larragoiti, que es la esposa de Federico Robles, el famoso banquero. Ella es una cursilona, de acuerdo, clásicamente advenediza y todo lo que tú quieras, y Robles un salvajón salido de quién sabe qué chaparral. Pero Normita se derrite con un buen apellido, y una cena aquí, entre sus mementos, la va a sacar de quicio. No te preocupes: nosotras compramos todo. Y al día siguiente, Benjamín tiene empleo en el banco.

Las protestas de doña Lorenza de nada sirvieron. ¡Norma Larragoiti! Hija de algún tendero vasco. Y sin embargo, a ella habrá que demostrarle qué significa ser lo que somos, y dentro de esta estrechez, digna estrechez, hacerle sentir el favor que se le dispensa. No fué posible; doña Lorenza sintió con dolor una sustitución definitiva cuando entró Norma, radiante, envuelta en un mink y jugueteando descuidadamente con su collar, afirmando a los ojos de la anciana un sentimiento de seguridad en el nuevo mundo, de pertenencia y voluntad, que había sido el de ellos. El pedestal que durante cerca de cuatro décadas doña Lorenza había creído vacío, esperándoles, ya estaba ocupado, con vulgaridad —en ello insistía la abuela—, con atropello, sin el dulce fluir de la gracia.

—Sabe usted, doña Lorenza, mi padre perdió todas sus haciendas en la Revolución. Le digo a Federico —que tanta fidelidad guarda a los principios revolucionarios— que haberme casado con él tiene algo de revancha. Pero además, esa circunstancia nos coloca, pues un poco en el mismo plano, a usted y a mí, ¿verdad? ¡Tanta gente conocida que sufrió. Pero lo importante es mantener la verdadera dignidad, como todos nosotros lo supimos hacer, ¿no? Ahora, lo que no tiene nombre es que no nos dejen traer a México los restos de Don Porfirio y...

La semana siguiente, Benjamín comenzó a rotular etiquetas en el Banco Internacional de Crédito Industrial, S. A. A todos les pareció encantadora su letra, tan afrancesada, como del Sagrado Corazón.